

MIGUEL BURGA

El reto de un mosquetero de Hora Zero

Escribe Roland Forgues, desde Francia

Publicar un primer libro de creación, pasados los cuarenta años no es cosa muy frecuente en el Perú donde el ímpetu rebelde y entusiasmado juveniles suelen llevar, tal vez mucho más que en otras partes del mundo, a los jóvenes aprendices de escritor a tentar la suerte muy temprano en el campo de la práctica artística y literaria.

Y esto se convierte simplemente en excepción, cuando quien se lanza a la aventura como Miguel Burga ha sido integrante desde su primera juventud de un movimiento literario tan radical, paricida e iconoclasta como fue, en sus inicios HORA ZERO.

Duró exámen de pasaje sin duda para uno de los mosqueteros de un grupo que fundó su fama durante tanto tiempo en manifestos, proclamas y volantes tan violentos como provocadores, que llamaban a la destrucción de los antiguos ídolos y a la creación de una nueva estética vinculada a la realidad concreta y a la praxis social más inmediata.

Balance de traiciones (Editorial El Quijote, Lima 1987), primer libro de cuentos de Miguel Burga, nos muestra que por ser arriesgado, el reto no resultaba nada imposible. Efectivamente, en los ocho relatos que conforman el volumen se puede vislumbrar una unidad global constituida por la idea de "traición" proyectada en sus múltiples dimensiones, tanto propia como ajena, individual como colectiva, y estructurada en torno a la pintura de algunos frescos de la realidad limeña en base a una acumulación y proliferación de imágenes fuertes y sugerentes que logran reconstruir en la mente del lector aquello que se describe en su doble dimensión, real y fantástica, propia y figurada.

Porque —y esto tal vez sea una de las características más sobresalientes de los relatos— si bien es cierto que lo más importante es la creación de una atmósfera alrededor del tema abordado, ésta surge siempre del tratamiento de una anécdota precisa que ancla definitivamente la narración en un tiempo y en un espacio reales.

El narrador ajusta al máximo las imágenes a la anécdota para fijarla en el momento más tenso, como ocurre, por ejemplo, desde las primeras líneas del relato "Qué será de ti" que encabeza el libro: "¡Ah no!, gran conversador, rey del verbo, charla, padrino del chiche, lengua rápida que leía su catastro de imágenes, sus palabras eran pop corn, y estallaban ruidosas en las pupilas de plastelina del Chicharra y el Chino Chang. Así era Rolo; sus palabras salían una tras otra como trencito, y así como un trencito entraban en el campus personal de Chicharra y el Chino Chang, y se llenaban de pensamientos de colores de crayola, se dibujaban a presión de verbo rápido, seguida de onceava cerveza; como Oblitas corrió por la punta izquierda, cómo llegó jadeando a la línea de fondo colgate-palmolive, cómo hizo un giro de 850 grados dejando un hueco

en la cancha, y cómo ese gol que iba a sucederse, apenas segundos después, costó la vida de docenas de hormigas que, no se sabe si aficionadas al fútbol o no, habían vivido plácidas y felices, entre la grama, que para ellas son árboles, sobre todo cuando silbaba el viento contragolpeando las graderías, a las dos de la mañana".

Así Rolo, el modesto empleado de banco, "mal padre, mal marido, mal parido, perverso, sórdido y delincuente", como lo califica el narrador, está buscando una compensación a la monotonía y hastio de su vida cotidiana en la música de una vieja canción "Qué será de ti" desgranada en una chingana por una rockola y, entre cerveza y cerveza, en el "habla frenética para los oídos frenéticos" de sus amigos Chicharra y el Chino Chang, y no halla la quietud sino cuando, borracho, reintegra, a las dos de la madrugada, el territorio del amor hogareño que lo convierte en "Rey" al acariciar el pubis inquieto de su esposa Clarabella.

El personaje sufrirá luego una súbita transformación que lo convertirá por algún tiempo en empleado modelo y lo llevará a tratar de encontrar su equilibrio en una especie de búsqueda mística de la perfección. Pero, al pasar de nuevo y por casualidad por el lugar del bar donde antes solía emborracharse escuchando la música de la rockola, su voluntad se quiebra, entra y vuelve a caer en su estado anterior, mostrando de esta manera que nadie escapa de su condición.

El cuestionamiento social que

aparece en este cuento —indudablemente uno de los mejores del libro— no tiene equivalente en los otros relatos, sino tal vez en "La chica de la promo" donde se nos narra la conmovedora y aleccionadora historia de Elsitita, que, de hermosa flor en su juventud, cae en el terrible decaimiento del alcoholismo al casarse con un "cojo baja policía". La fuerte contraposición entre el mundo de los ricos y el mundo de los pobres, se traduce de manera ejemplar en las últimas imágenes de la narración cuando, res-

pondiendo ilusionada a la invitación de sus ex compañeras alumnas del Santa María de reunirse juntas en casa de una de ellas, se presenta al lugar de la reunión: "Tocó el timbre. Tin Tun. La doméstica que repartía aperitivos abrió solicita la nave, y Elsitita, con una anhelada aprobación hirviéndole en el pecho, apareció sonriendo en el umbral de la puerta. Entonces las aceitunas se arrugaron, los espárragos se convirtieron en trompetas, el aji de gallina en barro, los zanapés se abrieron como coliflores, el

pisco sour se transformó en ácido muriático, los guindones saltaban como pelotas de ping pong, a las flores les brotaron choclos, y las viejas se quedaron estúpidas, por Elsitita, su vejez y su maquillaje a cuestras".

Uno de los mejores logros de los cuentos de Miguel Burga me parecen constituirlo los personajes centrales perfectamente bien diseñados como representantes problemáticos, más colectivos que individuales, de un mundo y de una sociedad quebrados, tanto desde el punto de vista social como humano. De aquí que un cuento como "Amor (pen) total" rebese el mero campo de los sentimientos individuales para transformarse en puro cuestionamiento de los valores humanos y morales que rigen las relaciones entre los individuos de una misma sociedad.

Pero más allá de ese "balance de traiciones" lo que predomina al finalizar la lectura del libro de Miguel Burga es la gran capacidad de amor que muestran los personajes, capacidad que termina en desamor, frustración, soledad. Sentimientos éstos que se expresan a veces en tono de acendrado lirismo y otras a través de una fría pero siempre conmovedora lucidez, como si el escritor hiciera honestamente el recuento de su propia vida y nos expusiera con mucha sinceridad el balance de sus propias "traiciones", esto es: de sus esperanzas y frustraciones, de sus dudas y certidumbres. Es una parte del reto de la escritura también asumida positivamente por Miguel Burga.



VENTANAS SOBRE USA

EDUARDO GALEANO

Las cucarachas y los invisibles

Ventana nueve

Ventana diez

Los Angeles contiene ahora dieciséis millones de personas, o de automóviles, o de persomóviles, gente con ruedas en lugar de piernas, así que no se parece mucho a la ciudad que Cedric Belfrage conoció cuando llegó a Hollywood en la época del cine mudo, y ni siquiera se parece a la ciudad que Cedric todavía amaba cuando el senador McCarthy lo expulsó, en plena cacería de brujas.

Pero Cedric no me pregunta por Los Angeles. Los Angeles no le interesa, o él hace como que no le interesa. Cedric me pregunta por Toronto, y yo le cuento de aquellas gentes y lugares, y le digo que la bronca de Canadá contra los Estados Unidos viene por el tratado de libre comercio, pero mucho más viene por la lluvia ácida.

Ya no hay vida ninguna, ni plantas, ni peces, en catorce mil lagos de Canadá. La lluvia ácida, que ha exterminado esos catorce mil lagos, está devolviendo desde las nubes los gases venenosos de las fábricas estadounidenses cercanas a la frontera. Es un crimen, digo, es un suicidio.

El viejo Cedric, mi viejo y querido Cedric, me mira con sus grandes ojos celestes, transparentes, asombrados. Entonces simula arrodillarse ante quienes van a reinar sobre la Tierra:

—Los seres humanos hemos abdicado el planeta —proclama— en favor de las cucarachas.

—Un traguito, mientras se pueda —dice, y me llena el vaso, con su mano un poquito tembleque.

Jesse Jackson gana en la ciudad de Nueva York, pero pierde en el estado. Veo por televisión las imágenes de las elecciones del Partido Demócrata. Enseguida, aparece en la pantalla el presidente de la Nación. Ronald Reagan anuncia que la venta de armamentos al exterior aumentará este año en 3 mil 300 millones de dólares.

Reagan sólo ha logrado multiplicar la producción de armas y la producción de pobres. La Fuerza Aérea tiene ahora un presupuesto mayor que la suma de dinero que todos los países del Tercer Mundo destinan a la educación infantil. Al mismo tiempo, han surgido en los Estados Unidos veinte millones de nuevos hambrientos, según la revista *Scientific American* ("Hunger in the U.S.", febrero de 1987, Vol. 256, Nº 2).

A esta altura, es evidente que Jesse Jackson no será el próximo presidente de los Estados Unidos. Pero su Coalición del Arco Iris — todos los colores, todas las culturas — expresa una respuesta vigorosa y asombrosa a la era de Reagan. El candidato negro ha hecho visibles a los invisibles: *Nosotros trabajamos cada día, y seguimos siendo pobres. Recogemos la basura ajena: trabajamos cada día. Nosotros conducimos autos ajenos, cuidamos niños ajenos, vaciamos escupideras, barremos apartamentos: trabajamos cada día. Nosotros cocinamos para otros, y no podemos cocinar para nosotros. Nosotros trabajamos cada día...*